

¿Qué ha pasado con la conferencia de Medellín?*

Gustavo Gutiérrez
Universidad de Notre Dame
Indiana

Me hubiera gustado estar con ustedes, pero estoy pagando el precio de tener encima por lo menos cuatro juventudes y eso me limita mucho.

Me gustaría partir de una pregunta: ¿Qué ha pasado con la conferencia de Medellín, sobre todo, en estos días, o meses, si quieren? Esto sucedió hace cincuenta años y todavía tiene algo que decirnos. Me ha sorprendido el número de reuniones sobre la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de 1968, y hay varios encuentros que todavía no se han realizado. Deseo aportar algo para responder por lo menos parcialmente a esta pregunta.

¡Claro está, en la historia suceden estas cosas! De ahí aquella información del historiador francés Braudel, al hablar de una “historia de larga duración”. Y eso ha sido, me parece, lo que ha ocurrido en nuestras vidas y en las vidas de tantos otros.

Comenzaré por un breve recuerdo del momento que vivía América Latina y el Caribe en esa época. Seguramente, han tocado estos temas en días pasados, durante el III Congreso Continental de Teología Latinoamericana y Caribeña.

Quisiera señalar cómo era y qué pasaba en el continente. Ligeramente, pero con mucha profundidad, había una situación en nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños, en las personas del continente, que se encontraban en búsqueda. Se estaban rompiendo algunos puntos y comenzábamos a preguntarnos sobre derechos, sobre maneras de recuperarlos, y eso lo hemos llamado “la irrupción del pobre”, porque así entró y permaneció cercano a la teología.

* Videoconferencia transmitida en vivo desde Lima, el 2 de septiembre de 2018, al cierre del III Congreso Continental de Teología de Amerindia.

Ahora, cincuenta años después, como ha dicho el papa Francisco, la pobreza es una cuestión teológica. Pienso que sin este elemento, no podríamos haber llegado a pensar en la Iglesia ni en Medellín, que estamos ante una cuestión muy importante. Pero también pienso que se trata de un asunto muy importante para la Iglesia, que venía del concilio Vaticano II (1962-1965), de donde emergieron muchas claves y se comprendieron mejor las líneas de pensamiento de algunos teólogos importantes y profesores nuestros. Ya no serán muchos, pero hace cincuenta años, sí lo eran.

Entonces teníamos el Vaticano II y, sobre todo, a Juan XXIII, y eso mueve también las aguas. Hubo una larga preparación antes de Medellín, liderada por el Consejo Episcopal Latinoamericano (Celem). Hubo unas ocho o nueve reuniones, a lo largo de América Latina, comenzando por las universidades y terminando con la reunión en Melgar, en abril de 1968, ya muy cerca de la conferencia de Medellín.

Esas reuniones aportaron mucho para crear el clima de los comienzos de Medellín. Creo que la importancia del concilio fue muy grande, y, al mismo tiempo, sucedió algo fundamental, pues Juan XXIII le planteó tres temas: la modernidad, de la cual la Iglesia se había alejado mucho, se había resistido; el ecumenismo y la pobreza. Los dos últimos temas habían sido trabajados antes de 1962, pero un mes antes del inicio del concilio, Juan XXIII habló de la pobreza de la Iglesia, particularmente, de la Iglesia de los pobres. Ese tema no tuvo gran impacto en los documentos del concilio. La tercera propuesta no fue tratada. Medellín entró en este asunto, recogió, de alguna manera, los tres temas planteados por el papa, en especial, el de la pobreza.

Pienso que para comprender el concilio, tenemos tres elementos: los discursos de Juan XXIII, mientras se trabajaba con los documentos, que llegaban de diferentes países. Él, por su parte, hablaba de modernidad y de ecumenismo. El segundo elemento son los documentos mismos del concilio. Y el tercero, sin mucha dificultad, podemos decir que fue Medellín.

Medellín trata la tercera propuesta del concilio, la pobreza. Apenas dos años y seis meses después de haber terminado el concilio, tuvo lugar esta conferencia. Creo que ese elemento, en los años sesenta, en América Latina y el Caribe, con diferentes lenguajes, movió, ciertamente, movió. Me interesa subrayar esto, porque no es una cosa simplemente de la Iglesia. El pueblo ha hecho su aporte, pues sus reclamos nos daban muchas pistas, con muchas dificultades también.

Los aportes de Medellín no han sido pocos, aunque me adelanto a decir que no se trata de un *non plus ultra*. Se ha hecho un esfuerzo inmenso con Medellín, pero el mundo siguió rodando, tal vez más lentamente para los grandes movimientos históricos.

Una mención especial merecen los aportes de Medellín a la teología y a la pastoral. Lo digo por separado, pero la verdad es que en Medellín, la teología estaba muy marcada por la experiencia pastoral y la pastoral estaba muy marcada por los aportes de la teología. ¡Cada vez me parecen más amigos! Voy a tomar cuatro temas concretos para referirme a dichos aportes.

El *primero*, lo llamaría *una sola historia*. Es un poco raro hablar de esto, pero era muy importante por el dualismo. En realidad, Medellín, al enunciarlo, lo toma fuertemente. Intenta romper una realidad presente, pero que separa, en cierto modo, lo divino y lo profano, la historia profana y la historia sagrada. Este asunto tuvo un momento muy fuerte en el siglo XX, en Europa, en la década de 1950. Es una reacción contra la mentalidad dualista, que además favorece el repliegue de la Iglesia. Si la historia de la Iglesia se asume distinta a la de la humanidad, puede replegarse sobre ella misma y no tener en cuenta la historia sagrada, es decir, la historia que debería estar marcada por el mensaje de Jesús. Y naturalmente, una Iglesia que se repliega no es precisamente una Iglesia en salida.

Lo que ocurrió en estas discusiones, ya hace cincuenta años, nos da a entender que las dos cosas van enteramente juntas. Medellín afirma la historia de la humanidad, sin olvidar que su eje temático se denominó “la transformación de América Latina a la luz del Concilio”. Se trata, precisamente, de transformar una historia.

Considero que el dualismo histórico todavía se mantiene, aunque se luche contra él. Para explicarlo, quisiera decir lo siguiente, con todo respeto por las personas que usan la frase que voy a citar. Cuando muere una persona, su familia y sus amigos dicen que sienten mucho que se haya ido ya “a la casa del padre”. No deja de ser bonito, pero entonces, la pregunta que me hago es ¿y dónde estuvo antes? Si recién se va, ¿dónde estuvo antes, en la historia profana? ¿Qué es hablar del reino de Dios? Además, en el padrenuestro decimos “que venga...”, y sentimos que está muy lejos. En la casa del Padre es otra cosa. Bueno, no tanto.

Este ejemplo muestra la necesidad de superar la división a la que nos referimos. Su razón teológica es la encarnación. ¿Qué cosa es la encarnación? A lo largo de los primeros concilios, ya estaban estas dificultades, de ahí brota la encarnación. No quiero mezclar las cosas, pero sí ver la identidad que hay entre dos cuestiones que podemos separar como separo mi amistad con una persona y con otra, pero no sin saber dónde estoy. Creo que la encarnación es algo importante.

Permítanme que tome una pequeña lectura. En Medellín hubo tres presidentes, el que venía de Roma, el arzobispo del Celam y el cardenal Landázuri, arzobispo de Lima. Voy a leer algo de él:

Sin caer en confusiones o en identificaciones simplistas, se debe manifestar siempre la unidad profunda que existe entre el proyecto salvífico de Dios

realizado en Cristo y la historia humana, entre la Iglesia pueblo de Dios y la comunidad temporal, entre la acción reveladora de Dios y nuestra experiencia, entre los dones y carismas sobrenaturales y los valores humanos. Esto es la unidad, unidad profunda.

Ese texto corresponde al número 4 de la comisión de catequesis.

Y continúo con un texto más breve y muy firme, en justicia con lo ya dicho. Este segundo texto dice que “en la búsqueda de la salvación debemos evitar el dualismo que separa las tareas temporales de la santificación”. Eso, en la Iglesia, ha tenido muchas maneras de expresarse. A lo largo de los siglos anteriores, se ha reforzado la dualidad. Cuando era un joven sacerdote, una persona vino a conversar conmigo y me dijo: “Padre, yo soy muy católico, voy de mi casa a mi trabajo y de mi trabajo a mi casa. Yo no me meto con nadie”. Y yo le dije: “Métase con alguien, y si usted no se mete con otra persona que no es de su familia, entonces usted no es católico”. Creo que se le agrandaron los ojos. Se puede ser muy devoto de un santo, pero somos devotos de un santo para imitarlo a él, no solo para ponernos algo o estar en una misa. Esto que da para mucho más, promueve lo que voy a continuar diciendo.

Lo *segundo* va en esa misma línea. Es la afirmación clara de Juan XXIII: *signos de los tiempos*. ¿Qué cosa es estar atento a los signos de los tiempos? Es tener un diálogo con la historia humana. Y es importante para el trabajo teológico, pero también para la práctica pastoral. Creo que esos signos de los tiempos difíciles y discutidos es lo que hacemos en nuestra teología, pues es estar atentos a los signos de los tiempos, estar atentos a la historia.

El *tercer* aporte que quiero subrayar es el de la *solidaridad con el pobre*. Mencioné rápidamente esto un poco antes, pero aquí quiero enfatizar la solidaridad con él. Cuando hablamos de pobreza en Medellín y luego en la reflexión teológica que hemos hecho, no hemos entendido nunca la pobreza como pobreza únicamente monetaria. La pobreza monetaria existe y está presente, pero no es eso. No es cuestión de decir: “el año pasado ya salimos de la pobreza, porque tenemos unos punticos más, no estamos en esa”. La pobreza monetaria es desgraciadamente un factor importante, claro, pero hay que tomar la pobreza integralmente.

El pobre es un insignificante, uno que no es nadie. Hay una pequeña frase de Hanna Arendt: “el pobre es aquel que no tiene derecho a tener derechos”. Esa es la pobreza que nos desafía. La Biblia está llena de eso. Bueno, no había mucha moneda tampoco, pero la pobreza es insignificancia, y golpea muy fuerte a estas personas. En última instancia, la pobreza es muerte, y es una cuestión de fondo, con todas las estadísticas que se pueden hacer: hasta qué edad vive la gente, la gente joven que muere... En una catástrofe de la naturaleza, los que mueren son los más pobres, porque viven en lugares que no se defienden por sí mismos.

La solidaridad con el pobre es también una mirada a la historia. Me mantengo en el tema de una sola historia, lo cual no quiere decir que no entienda una historia absolutamente espiritual o espiritualista, pero así no funciona, en la globalidad de la historia humana. En ella están las dos, que, ciertamente, no se pueden separar. Eso también ha estado referido al amor a Dios y al prójimo. La opción por los pobres está ligada a la evangelización. No es únicamente materia de doctrina social. Lo es también, pero es otra cosa. Es el ser humano, el abandonado, la mujer despreciada, en América Latina, en estos últimos años... El desprecio a otras personas es parte de la pobreza, en el sentido que he tratado de definir. Es el respeto por esas personas.

Medellín entró también en este asunto. Hay una frase sobre el amor y la caridad de alguien que fue muy importante en mi vida, aunque no lo conocí, porque es del siglo XVII, Blas Pascal. Pienso que, en realidad, hay algo de eso: “tomar la perspectiva de pobreza hace ver claramente que lo que vale es el compromiso con el pobre”. Podemos conversar y discutir, etc., pero el compromiso con el pobre, con esas personas, es realmente lo que tiene valor. Otra vez estamos con la historia. Conviene repetirlo: solo existe una historia humana, en la cual se asumen los designios de Dios. Desde la encarnación, sabemos que él también estuvo en esas condiciones.

El *cuarto* punto, también muy importante en Medellín, lo voy a decir con una cita de uno de los tres discursos del cardenal Landázuri, el único que habló tres veces: en Bogotá, en Medellín y luego, de nuevo, en Medellín, pero ya al final de la conferencia.

Hay algo muy característico en los planteamientos que nos hemos hecho durante esos días y que deseo subrayar, nosotros nos enfrentamos a nuestros problemas, hay una servidumbre que no es comunión, *encarar nuestros problemas exige madurez*.

Vean cómo siempre aparece en el fondo la cuestión de una historia, es un continente que comienza a ver por sí mismo sus desafíos y a tratar de salir adelante. Esto me parece fundamental.

Debo decir también algo anecdótico. Sucedió en uno de los momentos en que nos dirigíamos a Roma para presentar lo que iba a ser la conferencia de Medellín. Contestaron amablemente, diciendo que todo lo dicho, los ponentes, las conferencias, todo eso estaba muy bien, pero que querían ayudarnos. Pensaban que ellos tenían ahí en Roma, y en Europa, muy buenos teólogos, que podrían ir a Medellín para ayudarnos.

Bueno, ustedes ven esa mentalidad. La teología, si no pisa tierra, que es lo que intento decir con todo lo anterior, definitivamente, no veo cómo pueda funcionar, pues se queda en un plano muy espiritual. Más bien, me parece que es otra cosa. En aquel momento, respondimos que no teníamos tantos teólogos como ellos,

pero que íbamos a hacerlo con nuestros medios. Creo que este deseo de hacer un camino original, por nosotros mismos, siempre ha sido importante.

Quisiera terminar diciéndoles que no se puede hablar de Medellín, de nuestra historia, de nuestra teología, de nuestra manera de ver las cosas, sin recordar que esto ha sido muy costoso. Óscar Romero hablaba del signo martirial, que él mismo sufrió, además. La cuestión del martirio no es para alegrarse. Es un pago tremendo y eso ratifica hasta qué punto es posible que la gente aprecie tanto a Medellín.

Permítanme leer un pequeño texto de Aparecida. En el número 98, se dice algo que no se había expresado antes, a pesar de todos los pedidos que hicieron los obispos, los laicos, las religiosas y los sacerdotes. Es un texto que se refiere a la muerte de alguno de sus miembros, a aquellos que consideramos testigos, es decir, mártires de la fe. “Queremos recordar el testimonio valiente de nuestros santos y santas, y de quienes, aun sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el Evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y — anoten— por su pueblo”.

Lo clásico es el martirio por Dios y por la Iglesia, pero que sea también por el pueblo —y así fue con muchos mártires que hemos conocido—, eso se había pedido mucho y nunca se tocó este asunto, hasta que Aparecida lo hizo con fuerza y con claridad. Este es el texto mayor que he leído sobre el martirio, pues siempre hemos tenido la preocupación por las personas que hemos conocido y que se nos han ido violentamente.

Medellín no ha dicho todo, pero ha dado un aporte inmenso. Naturalmente, hoy día, las cosas son distintas, estamos en otro momento, nadie duda de eso. Pero la presencia de la relación marcada por la encarnación, a la cual me he referido en varios momentos, ha sido un impulso grande, y ahora mismo, también lo sigue siendo. La espiritualidad nos debe llevar a comprender mejor nuestra vida en esta tierra, en esta manera de vivir, en esta encarnación.

Bien, amigas y amigos, ¡gracias por su atención!